

Teología del Pecado y de la Conversión

en López de Zárate

POR

JESÚS LADA CAMBLOR, M. S. C.

La fama se mostró inconstante y caprichosa con el nombre de Francisco López de Zárate, el buen poeta logroñés. Lo encumbró en vida a alturas insospechadas y no siempre merecidas y le sepultó, ya muerto, en siglos de oscuro silencio. Cumplió rigurosamente en él la verdad de un verso suyo: «La Fama que celebra y oscurece» (1).

Celebrando y oscureciendo fue extremosa la Fama, aunque lo fue inmensamente más en oscurecer que en ensalzar los sólidos méritos del mejor poeta nacido en Logroño.

Dicho con expresión moderna, López de Zárate tuvo en su tiempo buena prensa. Le rindieron elogios, a veces hiperbólicos, los mejores ingenios del siglo XVII. Lope de Vega, amigo y maestro suyo, ya en tono serio, ya festivamente, dió reiteradas y complacientes testimonios de sus calidades poéticas. Así en el «Laurel de Apolo»:

*«Qué segura que pide la Rioja
para el famoso Zárate, su hijo,
con justo de las Musas regocijo
todo un laurel, sin que le falte hoja».*

Y en las siguientes hiperbólicas estrofas:

*«Ya viene armado de letras
y de Latinos y Griegos,
que son la luz adquirida
del claro nativo genio,
Francisco López de Zárate
a más elogio dispuesto
que dio la fama a Virgilio
y la antigüedad a Homero».*

(1) *Obras Varias de Francisco López de Zárate*. Edición de José Simón Díaz, Madrid, 1947, tomo I, pág. 191.

Y también, festivamente:

*«Armóse Francisco López
de Zárate, de manera
que si encontrara a Virgilio
le hiciera ver las estrellas».*

Cervantes, a su vez, en los «Trabajos de Persiles y Segismunda» le comparó a Torcuato Tasso por su «Poema Heroico de la Invención de la Cruz».

El ingeniosísimo Gracián le llamó «artífice primoroso», «florido ingenio», «dimado», «ingenioso», «culto, aunque no oculto Zárate».

Y, en fin, el patriarca de los bibliófilos españoles, Nicolás Antonio, le concedió cierta primacía poética en este rotundo encomio: «Lucro-niensis, hac nostra aetate poëseos quasi principatum obtinuit» (2).

López de Zárate pagó crecidamente la desmesura de algunos elogios aquí mencionados con las increíbles omisiones y silencios injustos que cayeron sobre su nombre y su obra.

En nuestros días se ha hecho justicia a sus valores poéticos. Han sido protagonistas de la necesaria reivindicación literaria José Simón Díaz, excepcional bibliófilo, y José María Lope Toledo, investigador infatigable de la historia riojana. El primero sacó a luz las «Obras Varias de Francisco López de Zárate», en dos tomos y en Madrid el año 1947. El segundo dió cima a un meritísimo estudio, escrito con rigor de historiador, exactitud y penetración críticas e intuición y sensibilidad de poeta. Su título es *El poeta Francisco López de Zárate* (3). Con él se inició la Biblioteca de Estudios Riojanos en la serie «Estudios». Publicó además la única comedia escrita por López de Zárate y por él hallada inédita en la Biblioteca Nacional. Se titula *La Galeota Reforzada* y va precedida de importante introducción y acompañada de oportunas y eruditas notas (4). Los dos libros, aunque independientes, están unidos en la intención del autor, pues con los dos obtuvo de modo brillante su Doctorado en Letras.

El libro de Lope Toledo es el primer estudio serio, y hasta ahora el primero, sobre la vida, obra poética, técnica literaria y pensamiento del Caballero de la Rosa. El ser único le da innegable valor circunstancial; pero su mérito no radica en esta razón puramente accidental y extrínseca, sino en sí mismo. Quien quiera conocer la historia y desen-

(2) Esta serie de menciones honoríficas la he entresacado de la abundantísima que publicó Lope Toledo en su libro *El poeta Francisco López de Zárate*.

(3) Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1954, 388 pp.

(4) Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1951, 198 pp.

trañar la poesía del Caballero de la Rosa forzosamente habrá de acudir al experto guía y exégeta que es Lope Toledo.

En la segunda parte del libro estudia el pensamiento y temática del poeta. La naturaleza de la obra y aún su misma armonía interna le impusieron limitaciones necesarias. El caudal de sus conocimientos zarzarianos está muy lejos de agotarse en las páginas publicadas.

Confieso agradecido que fue Lope Toledo quien me llevó de la mano al conocimiento de López de Zárate. En sus libros adquirí mis primeras noticias del injustamente desconocido poeta. Ellos suscitaron en mí la idea, al principio indecisa e indeterminada, de hacer un estudio sobre el trasfondo ideológico de sus versos. Ulteriores lecturas, reposadas, reflexivas y reiteradas, de la producción poética de López de Zárate me abrieron amplios y sorprendentes horizontes.

Leyendo y relejendo, llegué al convencimiento de que merece con todo rigor el título de poeta-filósofo, sobre todo de poeta moralista en sentido propio y pleno.

El talante intelectual del Caballero de la Rosa, varón grave, serio, apacible, mesurado, se refleja en sus mejores versos, haciendo verdaderas las palabras de Nicolás Antonio: «Vitae adamussim et quidem christianae exacte modum servans, contentus paucis, non adulationi, non ambitioni, non ulli ex curialibus vitiis obstrictus, serius, mitis valdeque modestus».

Pero no fue sólo la filosofía la única en brindar materia apta a la inspiración poética de López de Zárate. Además de ideas éticas, psicológicas, metafísicas y estéticas hay en sus poemas hondura y vibración teológica.

El pensamiento filosófico-teológico del Caballero de la Rosa ofrece amplísimo temario. Con la ayuda de Dios es mi propósito presentar, independizados unos de otros, algunos aspectos y dimensiones de ese pensamiento. Los dos tomos de sus *Obras Varias*, *La Galeota Reforzada*, y el *Poema Heroico de la Invención de la Cruz* me suministrarán materia suficiente.

PECADO Y CONVERSION

En la extensa y rica colección de sonetos escritos por López de Zárate hay dos dedicados a un tema tan poco grato a la sensibilidad como fértil en lecciones morales. Se titula el primero —título repulsivo—: «Al que traía un reloj con las cenizas de su dama por arenas» y el segundo, «A lo mismo». El terceto final del último soneto es éste:

*«Da al amor una edad, otra al ejemplo;
no equivoques, profano, los asuntos;
de caducas harás eternas glorias» (5).*

Estos versos, admonitorios y sentenciosos, son cifra y resumen de la vida de López de Zárate y núcleo de su pensamiento religioso-moral.

Cantó amores prohibidos; anatematizó la vanidad de las glorias perecederas, algunas algún tiempo tiranos suyos; horró con lágrimas y versos sus pecados; y, vuelto a Dios y a sí mismo, dio lecciones de ejemplaridad con su vida y su pluma, que inmortalizó mojándola en la sangre redentora de Cristo, y, lo que es mejor, recobró la senda de la gloriosa inmortalidad cristiana.

En contra de la apariencia, en el primer hemistiquio del terceto mencionado («da al amor una edad») no hay mandato ni consejo, sino la simple constatación de haber consagrado parte de su vida a pecadores e inconstantes amores. Si no fuera así, sería un verso absurdo, puesto que entre el amor cristiano y la ejemplaridad no hay ninguna oposición, y por el contrario, el poeta establece clarísimamente una que no puede ser sino la que media entre amores livianos o pecadores y el buen ejemplo. El contexto general de la obra del poeta y el más particular de los dos sonetos avalan y garantizan esta interpretación.

No aconseja, pues, ni manda pecar primero en el amor y arrepentirse después; sino que subraya la necesidad de la vida ejemplar, anulación del pecado y trueque de glorias caducas por el bien de la gloria cristiana que no perece. Más brevemente; habla de pecado, de conversión y de vida honesta.

I. — EL PECADO

El pecado está presente en muchos versos del Caballero de la Rosa. Y lo está de modo múltiple. Por ejemplo, cuando canta el amor prohibido que siente por su Filis, no por lo que tiene de pecado, sino por lo placentero. Cuando, dejada atrás su juventud, y más fuerte que el ambiente cortesano de Madrid, que habían logrado pasajero triunfo sobre lo mejor de sí mismo, llora en versos imperecederos sus vanidades y pecados —sobre todo, pecados de amor—. O cuando fustiga, implacable, vicios que le repelían y de todos los cuales no se vio siempre inmune. El dolor de los propios pecados le inspiró sus mejores sonetos. Son sonetos llenos de vida y vibración cristiana y humana. En ellos se trans-

(5) Obras Varias, II, p. 148. Intencionadamente he actualizado en ésta y en las demás citas de López de Zárate la puntuación y grafía.

parenta su alma, sólidamente creyente, tierno en lágrimas y henchida de generosidad agradecida hacia Dios. Pertenecen todos a la edición de 1651 lanzada al público en Alcalá por la impresora de la Universidad, María Fernández, siete años antes de la muerte del poeta logroñés.

He afirmado que el pecado del poeta fue, sobre todo, pecado de amor. Así se deduce de la lectura de sus versos. Algunos de estos amores —el más duradero— fue adúltero. Lo insinúan estos versos finales de la «Silva a la Ciudad de Logroño», en que le dice Mirtilo (nombre poético de un amigo de su padre) antes de proponerle el matrimonio con su hija, matrimonio que no se verificó:

*«Y, aunque es verdad que sé que estás rendido,
donde amor voluntades no concierta,
al ídolo con nombre de Cupido,
que adúltero y profano,
no entrega el corazón, cuando la mano;
tanta amistad en deudo se convierta,
quede con ñudo indisoluble unida;
a mi Fili te ofrezco por esposa» (6).*

Y lo certifican estos otros:

*«Dignidad de la hermosura,
casada para mi pena
corte de todas las gracias,
enajenada, discreta» (7).*

Testimonio del modo, circunstancias y duración de este amor son las estrofas siguientes:

*«Pues ha querido la suerte
dar muestras de su poder,
coronando de tus brazos
la constancia de mi fe» (8).
«Ya que siete años de amor
abrieron puerta a mi dicha,
pues despegaste los labios
para prometerme vida» (9).*

El amor del poeta a Filis le ocasionó a ésta severo escarmiento y a él mucha indignación. El autor fue su marido. Y el escarmiento, el

(6) Obras Varias, I, 68. (Esta Filis, logroñesa, no es la Filis tras de la cual se andaba el poeta en la Corte).

(7) O. V., I, 377.

(8) O. V., I, 334.

(9) O. V., I, 350.

que deplora el poeta en el soneto, cuyo título dice bastante, «A unos cabellos que cortó a una dama su marido».

No parece, sin embargo, que haya ningún verso entre todos los del Caballero de la Rosa que impida quitar peso y rebajar el tono a la fortísima palabra *adulterio*, ni que invalide estas dos afirmaciones de Lope Toledo: «El riojano, en su espíritu, anhelaba más que la satisfacción del deseo, el agridulce tormento de la pasión» (10). «No quería la satisfacción plena de su amor» (11). Se adivina lo que Lope Toledo entiende por satisfacción y deseo.

Sean los que hayan sido la magnitud y modo de este y otros pecados, el poeta los lloró con abundancia de lágrimas sinceras y los borró con la sangre de Cristo. Sus amores profanos por la misericordia divina — ¡Con qué agradecida entrega la celebró en sus versos! — se trocaron en amor humilde a Dios y le dieron ocasión para describir de mano maestra las causas y efectos del pecado y la eficacia del perdón.

Si los he señalado con algún detenimiento ha sido para que se comprenda mejor que sus ideas de pecado y arrepentimiento no son sólo fría doctrina aprendida en libros y sermones, sino experiencia viva también.

López de Zárate es tenido por poeta seco y frío. Pues bien; esta apreciación es inexacta, si se le considera en algunos sonetos y romances dedicados a sus amores, y en casi todos aquellos en los que llora sus pecados y expresa arrepentimiento. Sonetos hay entre los suyos que, si no por la belleza, al menos por la sinceridad, dolor, nervio y dramático temblor cristiano pueden dignamente competir con los de Lope de Vega arrepentido...

1. — CAUSAS DEL PECADO

López de Zárate —lo veremos— reconoce la negra realidad de su pecado con humildad sincera. Quien reconoce con dolor la existencia de sus pecados propios es porque ha entrevisto su malicia. Cuanta mayor sea la sinceridad en el dolor más penetrante es la visión de la naturaleza del pecado, de sus causas y de su daño. Visión penetrativa y dolor profundo se condicionan y perfeccionan mutuamente. Conociendo el pecado se le llora y llorándolo se le conocen nuevos perfiles.

Si el arrepentido tiene sensibilidad e intuición de poeta, se le descubren muchos velos y aprecia matices que tal vez otro igualmente arre-

(10). El poeta Francisco López de Zárate, p. 90.

(11) *Ibid.* p. 96.

pentido, pero con menos finura espiritual, no descubre. La gracia halla en la sensibilidad del poeta un buen auxiliar para la conversión.

El Caballero de la Rosa, buen poeta y mejor creyente, pecador a pesar de su fe, describe con singular acierto y con rica variedad de fórmulas y formas la naturaleza del pecado y sus efectos —sobre todo, sus efectos— e indica asimismo alguna de sus causas genéricas.

El pecado tiene en su raíz una cierta ignorancia. O un falso conocimiento. Como quiera llamárselo. Tan ligada va la realidad del pecado a la ignorancia o falso conocimiento que no han faltado filósofos que identificasen al pecado con ella. Así Sócrates, para quien virtud es sinónimo de ciencia, como el pecado lo es de la ignorancia. Sócrates, aún en su indiscutible exageración, muestra un punto de verdad. El hombre peca eligiendo un bien aparente, porque erróneamente lo juzga un bien real. No es que ignore que su acción es mala. Lo sabe. De otro modo, ante su conciencia, no pecaría. Pero en la acción, que la conciencia no aprueba, cree hallar un bien. Por eso la realiza. Aquí está la ignorancia, que no es otra cosa que un desconocimiento práctico de la verdadera dicha.

Teóricamente y por la fe sabe el cristiano —el no cristiano, si discurre bien, lo sabe por la razón— que la dicha auténtica radica en el servicio de Dios, pero las pasiones desordenadas hacen que confunda la dicha real con la aparente y engañosa y que la cambie por ésta. Le ciega el brillo de lo aparente, como dirá felizmente López de Zárate; pero no de tal manera que le impida ver la maldad de su obrar, ni que le robe la libertad.

«Deslumbrado con fantásticos honores» (12), cae en mil ilusiones.

En un soneto de fino análisis psicológico y reciedumbre teológica, que tiene como título «Sentimiento de la vida pasada» expone el poeta las motivaciones humanas del pecado.

*«¡Ay de mí, que ignorando lo dichoso,
llevado a lo aparente por brillante,
lo eterno resigné por un instante
en que se finge, no se da reposo!
¡Ay de mí, que contento en lo vistoso
adoré lo caduco por constante;
y, de lo aborrecible vano amante,
al provecho antepuse lo dañoso!
Llevado del saber de la apariencia,
elevéme (sin vista, aunque con ojos)*

(12) O. V., II, 105.

a lo que era debida resistencia.

*Ya contra mí son todos mis enojos;
que sé lo que es ser yo por experiencia,
pues de mis ansias vengo a ser despojos» (13).*

El brillo de lo aparente perturba la clara visión del alma —«continuos embarazos a mis ojos / que me cegaban adorando engaños» (14)— y tiene tal fuerza cegadora que logra superar el conocimiento y aprecio de Dios, a pesar de los cuales se peca.

*«Bien que conozco a Dios; bien que le aprecio,
el imposible intento determino
cuando por tan amante no le precio» (15).*

¿Será menester decir que este conocimiento y aprecio de Dios son imperfectos? Y además de ser imperfecto el conocimiento que de Dios se tiene en vida, está este otro hecho psicológico de que los bienes sensibles atraen proporcionalmente más que los espirituales por la inmediatez de los sentidos y el desorden de los apetitos, comparados por el poeta en célebre soneto a canes rabiosos, y por la flaqueza de la voluntad causada por el pecado de origen.

Vuelto el poeta a sí mismo por el arrepentimiento, se admira de su anterior ceguera.

*«Haber estado tan sin luz admiro;
veo lo que miraba por reflejos;
anhelo a más, con que a todo aspiro» (16).*

2. — NATURALEZA DEL PECADO

Suelen definir los teólogos de este modo el pecado: «aversio a Deo et conversio ad creaturas», pues el pecado no es otra cosa que un volverse a las criaturas dando las espaldas a Dios. Muchos versos del Caballero de la Rosa vienen a ser riquísima e inspirada glosa de esta definición, que no por estar en su literalidad ausente de ellos deja de coincidir con ellos plenamente.

El pecado es olvido y desprecio de Dios y memoria y aprecio desordenado de las criaturas. Lo contrario exactamente de lo que San Juan de la Cruz aconseja en esta copla, compendio de toda su teología mística.

(13) O. V., II, 89.

(14) O. V., II, 107.

(15) O. V., II, 97.

(16) O. V., II, 107.

*«Olvido de lo creado,
memoria del Creador,
atención a lo interior
y estarse amando al Amado».* (17)

La antítesis de la copla sanjuanista nos la dá López de Zárate cuando llora el pecado, que es memoria, veneración e idolatría de las cosas —«dioses multiplicando a mi albedrío» (18)— y conducta olvidadiza de Dios —«con haberos tratado con olvido»— (19).

El pecador va más lejos. No se contenta con forjarse nuevos dioses en sustitución del único. Intenta la insensatez —«el intento imposible»— de sobreponerse a Dios —«Siempre yo en fin teniendo a mi albedrío/ parecer más que tú, cuando reparo / las veces que te hiciste siervo mío» (20)—, en lucha contra El —«Siempre contra quien más me beneficia» (21), trocando, como se ha visto, la dicha por un instante de fingido reposo, lo imperecedero por lo caduco, lo amable por lo aborrecible.

El pecado, cuyo semblante luciferino nos ha dejado entrever el poeta, es la única cosa que ha de infundirnos temor:

*«Oh, no te desalienten los horrores
incendiosos, versátiles, tronantes;
sólo al pecar se rinda tu desmayo»* (22).

Es también la que merece ser llorada siempre:

*«Un año más, Señor, con tanto día,
y con minuto tanto, tanto, tanto;
y en risa tan continua, siendo el llanto
lo que a todos instantes se debía»* (23).

En última instancia el pecado es ausencia de amor a Dios, el peor de los delitos, cuya medida nos la da la muerte de Cristo. Nos lo dice López de Zárate en un bello soneto en que dialogan Cristo y el hombre:

*«¿Tanto es pecar? Mi muerte lo encarece.
¿El delito mayor cuál es? No amarme»* (24).

3. — EFECTOS DEL PECADO

Al pecado, como a todas las cosas, se le conoce más fácilmente en

(17) Obras de San Juan de la Cruz, Burgos, 1943, p. 821.

(18) O. V., II, 97.

(19) O. V., II, 197.

(20) O. V., II, 208.

(21) O. V., II, 208.

(22) O. V., 172.

(23) O. V., II, 204.

(24) O. V., II, 209.

sus efectos que en sí mismo. Me refiero, ante todo, al reconocimiento experimental, pues por la fe la naturaleza del pecado se reconoce con la misma exactitud que sus consecuencias.

Así como es posible una cierta experiencia de la gracia santificante, lo es con mucha mayor facilidad e intensidad la de su contrario, el pecado.

Esta experiencia es indirecta. Se obtiene a través de sus resultados en el alma y en la vida, y se funda en el análisis psicológico de la interioridad propia.

El que López de Zárate ha realizado en sí mismo tiene notable profundidad. Es el que ha logrado con más perfección, junto con los del arrepentimiento y del amor. Su temperamento introverso y muy ensimismado le abrió fácil camino.

La situación en que coloca el pecado al hombre es de oposición a la conciencia y a lo mejor de sí mismo. Todo se le convierte en motivo de desaprobación. En la vida reina la contradicción entre la satisfacción pecaminosa y la tristeza del bien perdido, y el seno de la conciencia se agita con la preocupación originada por la torpeza cometida.

La experiencia de esta peculiar situación es la primera que obtiene el pecador que se vuelve hacia sí mismo pensativo. No es otra cosa que el remordimiento o desaprobación de una conducta no sujeta a regla. Es el primer paso hacia el arrepentimiento, cuando todas las cosas empiezan a darle en rostro al pecador.

Esta somera descripción fenomenológica está efectuada dentro de un orden estrictamente psicológico. Sobre el campo psicológico opera la gracia divina. Advertir su influjo no es tarea fácil.

López de Zárate ha vivido esta primera experiencia de los efectos del pecado y la exterioriza con certera precisión.

*«Vuelvo a todo los ojos, y encontrado
está con la conciencia y con la vida;
con ésta por gozosa de pérdida,
con aquella por torpe en su cuidado» (25)*

El remordimiento es el primer estrato de la experiencia del pecado. Lo han producido en fiel alianza la naturaleza y la gracia. La sinceridad natural en el reconocimiento del pecado propio es un buen auxiliar de la gracia que procura y hace posible y existente el arrepentimiento sobrenatural. Con la ayuda de la gracia se vuelve más completa la experiencia de quien indaga en su conciencia y se manifiestan con mayor

(25) O. V., II, 97. Véase también en la p. 105: «...y sepultada vida, pues la tuvo, gozándola, pérdida».

nitidez las múltiples repercusiones del pecado en el psiquismo humano.

No es solamente que, iluminado por la fe, vea en el pecado un camino hacia la muerte eterna, como nos avisa de ello el poeta, cuando ya convertido, da este cristiano consejo:

«Corramos a la vida, no a la muerte» (26),

o que considere el infierno como término final del pecado y aún como sinónimo de pecado, según lo confirman los versos que siguen:

*«Reconózcome digno del infierno,
digno de pecar más, que a mí malicia
es debida lo más de tu justicia»* (27),

sino que se encuentra con lo mejor de sí mismo destruido, siendo desprecio de sí mismo.

La pérdida de la personalidad y de la conveniente estima propia es a su vez, efecto de otro efecto del pecado; quiero decir, del endurecimiento de la conciencia, proveniente de la «culpa de haber del mal hecho costumbre» (28).

He aquí una vigorosa descripción del pecador endurecido:

*«Este que, siempre absorto en resplandores,
fue estatua, aunque terrestre, presumida,
ni a luz, ni a voz, ni a rayo estremecida,
horror aún asombroso a los horrores»* (29).

López de Zárate presenta con mucho vigor la experiencia de la despersonalización, renuncia de lo mejor de sí mismo o pérdida de la intimidad. Parece que debió de ser muy profunda en él, a juzgar por la reiterada insistencia y riqueza de expresión con que la manifiesta.

Por el pecado el hombre pierde su intimidad viviendo «como sin alma, enajenado» (30). Es un ser extraño a sí mismo; se ha alterado, se ha hecho otro; o mejor, se ha convertido en siervo agradecido de su mayor enemigo, del que le ha robado la vida al alma.

La actitud de quien puede afirmar:

«agradezco mi muerte al homicida» (31)

refleja la más completa renuncia a sí mismo, puesto que no sólo está conforme con lo que ha perdido, sino que incurre en el servilismo de dar gracias a quien no merece más que ingratitud.

El pecador llega a tales límites absurdos, porque se desestima y,

(26) O. V., II, 118.

(27) O. V., II, 208.

(28) O. V., II, 199.

(29) O. V., II, 105.

(30) O. V., II, 97.

(31) O. V., II, 97.

pecando, rinde culto a su desprecio. Así lo confiesa el poeta:

*«En ídolos adoro mi desprecio,
dioses multiplicando a mi albedrío»* (32).

El pecador vive divertido. Otro modo de indicar la despersonalización. Jugando con dos palabras de raíz común, escribe López de Zárate:

*«Si, vivo, ha divertido, polvo advierta;
ya que en vano vivió, no muera en vano»* (33).

Esta concisa fórmula, síntesis perfecta del pecado y de la conversión, muestra en la primera parte de dos versos la vida despersonalizada, sin interioridad, vacía, del pecador.

El verbo «divertir» es hoy una palabra empobrecida. («Divertida» o despersonalizada, ella también, se podría decir). Ha perdido categoría y hondura filosóficas. Lo mismo le ha ocurrido a su sinónimo «distráer». Significan entretener o entretenerse, pasarlo bien (otra expresión que ha perdido mucho). En la intención del Caballero de la Rosa no indica el participio «divertido» sólo ni primordialmente la vida transcurrida en pasatiempos, en «torpes devaneos», (34) y en «fantásticos honores» (35), sino la que, derramada al exterior y vuelta a las cosas, carece de toda interioridad; se ha hecho «diversa». Es decir, significa vida despersonalizada, alterada; viva vivida en vano, sin solidez profundidad; vida de superficie, vacía, hueca y huera.

La falta de interioridad, recóbrada con el arrepentimiento, la proclama también este verso:

«Vivo dentro de mí, si antes tan lejos» (36).

Parece imposible expresar con mayor fuerza la despersonalización, hija del pecado. Sin embargo, hay en el poeta otra expresión más perfecta e impresionante:

*¡Tan ya sin mí, que estoy de mí en olvido!
¡Tan ya no yo, que soy quien más me infama!* (37)

La despersonalización entraña una ausencia de luz, sin la cual no es hacedero entrarse en la propia interioridad y reconocerse. De aquí el olvido de sí mismo («tan ya sin mí que estoy de mí en olvido»). De haber vivido sin esa luz se admira el poeta:

«Haber estado tan sin luz admiro» (38).

(32) O. V., II, 97.

(33) O. V., II, 105.

(34) O. V., II, 118.

(35) O. V., II, 105.

(36) O. V., II, 107.

(37) O. V., II, 204.

(38) O. V., II, 107.

Donde no hubo luz, hubo, además de olvido, aborrecimiento y desprecio, tal vez más vividos que sentidos, más reales que conscientes.

Después de la conversión es cuando hay conciencia perfecta del personal aborrecimiento pasado. Así, al decir a Dios el poeta:

«*Sé que es aborrecerme no quereros*» (39).

o cuando pone en labios de Cristo, que responde a un deseo del hombre —«Oh, quien amaros más que a sí pudiera»— estas palabras: «Fuera amarte y dejar de aborrecerte» (40).

Siguiendo el camino de una experiencia, hemos llegado a conocer el efecto más profundo del pecado: la despersonalización radical. Apenas es necesario advertir que esta despersonalización tiene dos vertientes: una que mira al orden natural, y otra que mira al mundo sobrenatural. De ambos aspectos de la personalidad está privado el pecador.

A la misma conclusión se puede llegar analizando la definición de pecado, enlazando de este modo la causa con el efecto. El pecado es, ya está dicho, un apartamiento de Dios y una vuelta a las cosas. En lo que tiene de apartamiento de Dios está incluida primariamente la despersonalización en su vertiente hacia lo sobrenatural. La vuelta a las criaturas, el volcarse sobre ellas y en ellas, trae directamente consigo la pérdida de la personalidad en su aspecto natural.

La vuelta a las criaturas empobrece y roba personalidad. Es lógico. El pecado une al hombre con las criaturas con una unión análoga a la de los vasos comunicantes. Como en éstos el agua, en el pecado el contenido humano se coloca al nivel del de las cosas. Siendo el de estas muy inferior al del hombre, hecha la nivelación, queda éste necesariamente empobrecido de lo mejor de sí mismo. Aquí está la despersonalización.

En cambio, —baste apuntarlo— el hombre vuelto a Dios se enriquece en su personalidad, porque, según la misma analogía de los vasos comunicantes, alcanza niveles divinos.

II. — LA CONVERSION

López de Zárate nos muestra dos puertas abiertas al perdón. Una, la misericordia divina. La otra, en función de la primera, es la de la fe y de la esperanza cristianas. A través de sus versos se ve cómo estuvieron siempre abiertas para él.

De la misericordia de Dios tendré ocasión de hablar más tarde,

(39) O. V., II, 207.

(40) O. V., II, 209.

puesto que el poeta la ensalza, y subraya reiteradamente cuando implora la gracia de Dios.

De que la fe y la esperanza se mantuvieron siempre vivas en él, muerta la caridad, son testigos estos versos en que las presenta como elemento integrante de su personalidad:

*«Este, ya incierta sombra y alma cierta,
racional interior con fondo vano,
viva esperanza y fe, caridad muerta,
fue, fue indigno del nombre de cristiano»* (41)

(Adviértase de paso la perfecta caracterización del nombre despersonalizado por el pecado —«con fondo vano»— y la exactitud y claridad teológica con que se señala la situación del pecador que no ha perdido las dos primeras virtudes teologales, el caso más común entre pecadores).

En particular dice de su fe con palabras de admirable precisión teológica:

*«Ya a vista de la fe (si mudo y ciego
a la observancia de ella) el alma invoca
vuestra piedad...»* (42).

Y de la esperanza:

*«Esto soy, más constante en la esperanza,
y no sin prendas de que sois piadoso,
con vergüenza animosa piedad pido»* (43).

Iluminado por la fe y animado por la esperanza, que siempre confía en la misericordia de Dios, reconoció sus pecados, pidiendo perdón. Y porque fueron firmes, hundió en ellas las raíces del arrepentimiento.

La fe nos da la clave de la peculiar psicología del arrepentido, que contrastando con la piedad divina la malicia de su pecado, llega a expresararla en términos que parecen desmesurados.

El pecador, tocado por la gracia, se encuentra frente a Dios. Para medir el pecado compara su conducta con la de Dios. Todo lo demás —los pecados de los otros— le es innecesario. Su pecado es una cuestión suya en relación con Dios. Según esta relación ha de juzgarlo. El pecado, aun el más pequeño, merece toda execración. Cuando el arrepentido, queriendo poner de relieve la magnitud de la ofensa, se considera el mayor pecador, en realidad no exagera, porque no se compara con otros pecadores, aunque lo parezca. Sólo establece comparación entre su iniquidad y la santidad divina. El contraste es tan violento y su

(41) O. V., II, 105.

(42) O. V., II, 200.

(43) O. V., II, 198.

resultado tan inconmensurable que el mejor modo de expresarlo es atribuirse a sí mismo el máximo grado de culpabilidad. Según este criterio han de interpretarse estas dos compungidísimas estrofas del poeta «pidiendo a Dios perdón de yerros, cometidos».

*«Soy quien más vuestra sangre ha derramado;
de los que os maltrataron el más fiero;
de todos el mayor, si no el primero;
el que más en la Cruz os ha clavado.
Soy el que alienta a todo desdichado,
por más torpe, sacrílego y grosero;
el lobo más atroz con el cordero,
de su holocausto mal aprovechado» (44).*

Aún hay otras razones que motivan la peculiar psicología del arrepen-
tido en la exageración de sus pecados. Los acentúa, llorándolos, para mo-
ver con más eficacia a Dios, cuya bondad brilla en el perdón. El pecador,
que ya no quiere serlo, es como un mendigo —el mayor y más necesi-
tado de los mendigos— que muestra sus miserias al que sabe que se
las puede remediar. No deseando otra cosa que el perdón, proclama e
incluso exagera su miseria para acogerse a la misericordia. A mayor
miseria, más lugar para la misericordia. Por eso escribe el poeta:

*«Luzca en mi postración lo soberano
como en lo propio en que el poder campea;
piadoso en el pesar del que os desea,
ratificáis el título de humano» (45).*

*«Soy el mayor asunto que os han dado
de parecer y ser más generoso;
quien os hace más Dios por más piadoso» (46).*

En esta forma de pedir se oculta una sutileza muy hábil y muy hu-
mana. Se le pide gracia a Dios, como si se le hiciera ver que es un
favor que se le hace, dándole ocasión de hacer brillar su misericordia,
de hacerse más divino a fuerza de derramar piedad.

El pecador

*«monstruo en torpezas, solamente diestro
en exceder tartáreas calidades (47),*

puede decirle a Dios:

*«Tratáisme cual si yo, no yo, vos fuera,
o porque, ya que gozo del ser vuestro.
se ostenten más en mí vuestras piedades» (48).*

(44) O. V., II, 198.

(45) O. V., II, 211.

(46) O. V., II, 210.

(47) O. V., II, 207.

(48) O. V., II, 207.

2. — ARREPENTIMIENTO

Para que el pecador se arrepienta de sus pecados necesita conocer a Dios y conocerse a sí mismo; que vale tanto como decir que se requiere conocer el pecado. El conocimiento de Dios se asienta en la fe, a la cual puede ayudar la razón. El conocimiento de sí mismo es también doble: sobrenatural, por la fe, y natural, por la experiencia introspectiva.

Para el conocimiento de Dios basta la fe. Para el conocimiento de sí mismo es indispensable la experiencia interna.

López de Zárate, diligente escrutador de su intimidad, afirma expresa y expresivamente que el conocimiento personal ha sido causa —una de las causas— del arrepentimiento.

*«Ya contra mí son todos mis enojos,
que sé lo que es ser yo por experiencia,
pues de mis ansias vengo a ser despojos» (49).*

Las ansias son los «torpes devaneos» en que se movió y empobreció su vida. Ellas —el pecado— le arrebataron lo mejor de su ser, haciéndole vivir enajenado, fuera de sí, derramado, disperso, «divertido».

¿Qué extraño, pues, que, cuando movido por la gracia advierte el expolio de que ha sido autor y víctima, se enoje contra sí mismo, que ofendiendo a Dios, fue causa de su propia ruina?

Este arrepentimiento es de calidad inferior, porque no tiene tanto en cuenta la ofensa divina cuanto el propio daño. El sólo no es suficiente. Su valor radica en abrir paso al pesar de haber ofendido a Dios. El poeta apenas si se detiene en él.

En sus versos del arrepentimiento prevalecen los motivos de contrición perfecta, hasta el punto de que alguno de sus poemas son dignos de un místico. Tales son, entre otros, los titulados «Afectos de un pecador arrepentido», «Pidiendo a Dios perdón de yerros cometidos», «Soliloquio con Dios», «En diálogo Cristo Nuestro Señor en la Cruz con el hombre» y «Al Crucifijo que vertió sangre».

En el soneto «Acto de contrición» simultanea los motivos de atrición con los de contrición perfecta.

*«Reconózcome digno del infierno,
digno de pecar más; que a mi malicia
es debido lo más de tu justicia,*

*las ansias todas del suplicio eterno.
¿Siempre mi alma congelado invierno?
¿Siempre contra quien más me beneficia?
¿En ofenderme pronta mi conciencia?
¡Duro a mis bienes, a mis daños tierno!*

*Siempre yo en fin teniendo a mi albedrío
parecer más que tú, cuando reparo
las veces que te hiciste siervo mío.*

*No compres mi desprecio, ¡oh, no!, tan caro,
ni de tantas finezas en vacío,
si no es para que luzga en mí tu amparo (50).*

La contrición perfecta brilla en este verso:

«¡Oh!, quién amaros más que a sí pudiera» (51).

Y en los que siguen, donde el motivo del dolor temeroso es la visión de Cristo cubierto de sangre y llagas:

*«¿Para tí rosas?; ¿para Dios abrojos?
Si es porque broten del contacto estrellas,
para informar tu ceguedad con ellas,
alúmbrate a los rayos de sus ojos.
Advierte en su paciencia tus enojos.
Deslustrados de piedades bellas,
teme que te amenaza con querellas,
acompañadas de diluvios rojos.
Contento en el suplicio padecía,
porque te aprovechases, a tus feroces
iras prestando gracia, no disculpa.
Quien apenas se oyó cuando moría,
muerto, con lengua y labio te da voces,
porque te ratificas en la culpa». (52).*

Mas donde más puro, limpio y desinteresado es el pesar de haber ofendido a Dios es en el soneto, lleno de humildad, unción, generosidad y amor, que lleva el título de «Afectos de un pecador arrepentido».

*«¿Qué no os debo, Señor, por lo sufrido,
por lo criador, lo redentor y amante,
sin apartar de mí diestra y semblante,
como si lo tuviera merecido?*

Con haberos tratado con olvido,

(50) O. V., II, 208.

(51) O. V., II, 209.

(52) O. V., II, 212.

*a mis peligros os ponéis delante,
sin faltar a mis bienes un instante,
el Señor siervo, el súbdito servido.*

*¡Quién lavara deméritos con llanto!
¡Quién de tormentos méritos formara!
¡Quién como vos para amaros fuera!
Pues por mí, tan indigno, anheláis tanto,
yo a eternas penas vuestro amor comprara,
y el haceros más Dios, si en vos cupiera» (53).*

No escribió López de Zárate soneto más piadoso que éste, en que de la comparación de la conducta de Dios con la suya brota la llama del amor humilde y generoso. El pecador se había olvidado de Dios. Dios, en cambio, permanece a su lado como escudo y ayuda. La inmerecida misericordia de Dios engendra en el arrepentimiento el amor agradecido hasta el punto de querer merecer el amor de Dios con las penas del infierno, si posible fuera. Aún más; piensa otro imposible mayor: el de hacer a Dios más Dios. Es la divina locura del amor cristiano que no se cuida más que del bien del Amado, que tan bien sabe amar. Es la forma más perfecta del arrepentimiento.

El recurso a lo imposible, para expresar el dolor, exigencia del amor sincero. El arrepentido de veras se duele y llora de no poder dolerse y llorar más. Todas las lágrimas le parecen pocas para lavar la culpa. López de Zárate desenvuelve esta idea valiéndose del mito de Sísifo, atormentado por no ver nunca satisfechos sus deseos. Se lamenta de que la costumbre, a despecho de la razón, le tiranice haciéndole «no a Sísifo, a su risco semejante», y termina suplicando a Dios:

*«Pedernal, que agua nieva, brote lumbre.
Señor, Señor, sea eslabón tu brazo» (54).*

3. — PETICION DE PERDON

Quien reconoce su pecado está en camino del arrepentimiento. Ya en este camino, implora perdón. A más vehemencia en el arrepentimiento, más instancia en la demanda de perdón.

Queda dicho más arriba que quien desea misericordia, tiende a aumentar la magnitud de su desdicha. En López de Zárate se encuentra muchas veces este recurso tan profundamente humano; pero sobre él prepondera otro más cristiano. Consiste en decirle a Dios que su mise-

(53) O. V., II, 197.

(54) O. V., II, 201.

ricordia brilla más en el perdón. También aquí late una manera muy humana y muy sutil de pedir, que va encaminada a ganar la voluntad del favorecedor por el camino de la alabanza, del elogio y hasta se podría decir del halago.

La gran misericordia del ofendido infunde esperanza en el ofensor suplicante. Reconocida la condición de pecador, añade el poeta:

*«Esto soy, mas constante en la esperanza,
y no sin prendas de que sois piadoso,
con vergüenza animosa piedad pido»* (55)

La esperanza inspira confianza y da ánimos; el pecado, vergüenza. De aquí resulta la actitud de «vergüenza animosa» en el suplicante.

La esperanza no es el único fundamento de la confianza. Antes que ella está la fe.

*«Ya a vista de la fe (si mudo y ciego
a la observancia de ella) el alma invoca
vuestra piedad...»* (56).

Y junto con ambas virtudes teologales fundamenta la confianza en el perdón el convencimiento de que con él es Dios glorificado. Este pensamiento le fue muy familiar a López de Zárate. Véanse algunos ejemplos.

*«Dadme, Señor, que logre los deseos;
ya que en las obras soy tan divertido,
que bastan a ponerme en vuestro olvido,
serviré de aumentaros los trofeos»* (57).

Así le suplica porque está persuadido de que la misericordiosa actitud de Dios para con él es para que

«se ostenten más en mí vuestras piedades» (58).

y de que «...como tan noble el ofendido,

es liberal con quien se dio a partido» (59),

y, en fin, de que Dios da fuerza a los más leves gemidos del hombre, hasta el punto de hacerle exclamar:

*«Formé entonces con miedo o con desmayo
leve suspiro, mas con Dios tan fuerte
que casi dada suspendió la herida»* (60).

(55) O. V., II, 198.

(56) O. V., II, 200.

(57) O. V., II, 199.

(58) O. V., II, 207.

(59) O. V., II, 203.

(60) O. V., II, 203.

No hay duda de que decirle a Dios que el pecador, al ser perdonado, sirve a Dios para aumentar sus trofeos es también un modo muy humano de hablar. En su literalidad es mucho más humano que teológico. Dios vence siempre, tanto si el pecador se convierte como si persevera en el pecado. Castigando o perdonando, Dios es siempre el Señor. Es más legítimo hablar de victorias y trofeos divinos, si se entiende la liberación del pecado como victoria sobre el demonio, ángel rebelde, aunque irremediabilmente sometido al poder de Dios.

Trofeos divinos y gloria de Dios vienen a significar lo mismo. Pero, entiéndase bien; no es que el pecador, ofreciéndole a Dios ocasión de perdonar, sirva para aumentar la infinita gloria de Dios que no admite aumento, sino que es ocasión para que esa gloria se manifieste ejerciendo la misericordia.

Tales son los trofeos que gana Dios. Este lenguaje tiene un punto de contacto con aquel otro en que el pecador exagera la malicia del pecado. La correspondencia entre ambos responde al deseo de mover a Dios a otorgar el perdón. Abultando el pecado, se le abre más campo a la misericordia. Ensalzando ésta, es como si se le obligara a Dios a practicarla.

El poeta en tierno soliloquio con el Señor, para más obligarle, le presenta su causa como causa suya.

*«No diga el monstruo que, aún vencido, brama
que algo os faltó, pues no lo hicisteis todo» (61).*

El hombre es obra de Dios, hecho a su imagen y semejanza; por eso le suplica que restaure la imagen rota para que no resulte vana la obra primera.

*«Vuestra divina omnipotente mano
me trasladó de su sagrado, idea,
ya que en mí tanto, tanto de sí emplea,
no haya erigido tanto, tanto en vano» (62).*

Apoyado en tales razones, parece cobrar más fuerza su súplica:

*«No falte, ¡oh no!, a mí solo el amplio asilo
del que aún con obstinados es clemente;
que es negarse a lo grande el sacro estilo.
Confirmad atributos con ejemplos» (63).*

Se podrían multiplicar los argumentos con que el poeta intenta obligar

(61) O. V., II, 210.

(62) O. V., II, 211.

(63) O. V., II, 211.

a Dios al perdón. La atrevida expresión «obligar a Dios» es frecuente en él. Así escribe:

*«No ignoro que os obligo, si a vos llego,
sea con el corazón o con la boca» (64).
«¿Cómo a lo que pretendes no respondes,
siendo tan delincuente quien te llama
que suele ser de lo que más te obligas?»*

En el último pasaje se ha mitigado el contenido de la expresión atrevida. Repárese que en el primer verso («cómo a lo que pretendes...») se indica que la voluntad de Dios es obrar misericordiosamente y en que lo que más le mueve a ello (segundo verso) es el pecado llorado. No es que el pecador pueda obligar a Dios a perdonar, sino que Dios, porque es bueno, se ha obligado —digámoslo así— a ello. No se vea en esta interpretación un esfuerzo por salvar la atrevida expresión del poeta. El mismo poeta nos brinda la explicación adecuada, al decir:

*«¡Oh!, admitidlo, Señor, que si os merece
alguno es por vos mismo...» (65).*

Por consiguiente, si Dios es obligado por el arrepentido suplicante a perdonar es porque El quiere hacerlo. No es mérito del hombre, sino gratuito favor de Dios, tanto más estimable cuanto parece ser mérito del hombre.

En el mismo sentido han de tomarse las palabras que el poeta hace pronunciar a Cristo, cuando al hombre que le pregunta:

«Qué quisierais de mí?,

le responde: *«Verte obligarme» (66).*

En el pensamiento religioso del poeta que habla de arrepentimiento y suplica perdón está el amor desinteresado y generoso. Se alegra, más que del perdón que quiere alcanzar, de la gloria que se le sigue al Señor, concediéndolo. Tan fuerte es este sentimiento que comete la audacia de alegrarse del pecado, porque así da ocasión a Dios a mostrarse Dios, es decir, misericordioso.

*«Porque vuestra piedad se manifiesta,
aún casi me consuela haber pecado;
perdonad el afecto arrebatado,
que el alma, de humillada, se protesta.
Audacia grande, más por causa honesta;
así imploro perdón de lo pasado;»*

(64) O. V., II, 200.

(65) O. V., II, 200.

(66) O. V., II, 209.

*no siendo en esta parte limitado:
que el tibio, como el tímido, os molesta.*

*Vos, vos mismo alentáis mi atrevimiento,
porpreciado de grato y generoso,
cuanto por blasonar de sufrimiento.*

*Manifestad en mí lo poderoso;
pues aún de lo que he sido estoy contento,
porque en vos luzga todo lo piadoso» (67).*

¿Quién no ve estrecha armonía entre los sentimientos del poeta y los de la Iglesia en la liturgia del Sábado santo, cuando, deslumbrada por la claridad de la Resurrección de Cristo, llama feliz al pecado: O 'felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem?

4. — PROPOSITO DE LA ENMIENDA

López de Zárate describe la trayectoria completa del convertido. En ella he distinguido estas fases: análisis de las causas, naturaleza y efectos del pecado, reconocimiento de los pecados propios, arrepentimiento, demanda de perdón. La trayectoria culmina en el propósito de vida cristiana fervorosa. Ya se comprende que esta sistematización no es obra del poeta. Un poeta no es un tratadista. Escribe a impulsos del sentimiento y éste se centra unas veces en el dolor, otras en el perdón, o en el propósito. Muy a menudo se interfieren todos estos sentimientos.

Las ideas y sentimientos que manifiesta al trazar el programa de vida cristiana brotan espontáneamente de su alma naturalmente grave, seria, austera, amante del orden y de la medida. La gracia halló en el talante espiritual del Caballero de la Rosa clima propicio.

La breve síntesis de vida cristiana que ahora intento diseñar, recogiendo el pensamiento de López de Zárate, será una ligera introducción a la exposición de su concepto de la vida, que en otra ocasión presentaré en esta misma revista.

López de Zárate no fue nunca un espíritu loco, ni siquiera en la época de sus pasajeras locuras juveniles. Fue hombre cauto en lucha continua contra el ambiente cortesano. Llegado a la madurez, brilla en él la cautela como virtud fundamental. Esta virtud es la que preside su programa moral de vida cristiana.

Del soneto titulado «Al suspender la pluma como suspender la espada» es esta estrofa saturada de humana y cristiana sabiduría:

«De mi resignación seguiré el fuero

*cuando el común saber es la cautela;
que, siendo de mí mi propio centinela,
glorias, donde la gloria es gloria, espero» (68)*

Con la experiencia se ha robustecido la cautela que le prohíbe «de peligros admitir consejos» (69) y le muestra la vanidad de la gloria mundana, haciéndole exclamar:

*¿De qué aprovechan bélicos blasones,
ni de apolíneos lauros vanas pompas,
si producen hidrópicas pasiones? (70)*

La cautela es algo más que una virtud negativa. Aconseja atesorar méritos para el cielo, logrando fructífera vejez:

*«Fructifíquese el viejo de sus canas,
al templo dedicando las acciones;
de ellas hará coronas soberanas» (71).*

Hermanada con el arrepentimiento humilde y agradecido, le inspiró la cautela éste «soneto moral»:

*«Tiempo es ya de templarse los deseos,
dando culto a legítimos altares,
sin postraciones a terrestres lares,
donde se sacrilegian los empleos.*

*Huyamos, pues, de torpes devaneos,
sacrificando a dioses no vulgares,
al que tierras fecunda, enfrena mares,
al común bien guiando sus trojeos.*

*Corramos a la vida, no a la muerte,
ni a las pompas por páramos profanos,
que nos confunden la dichosa suerte.*

*Como Dios se hace grande por sus manos,,
por debida humildad el flaco, fuerte,
los divinos hiciéronse de humanos (72).*

No son solas la cautela y la humildad las virtudes que mueven al poeta. En realidad, más que mover, su oficio es guiar. El verdadero impulso viene del amor a Dios, por cuyos dones de gracia el hombre es partícipe de la naturaleza divina y quiere vivir nada más para El en entrega perfecta y sin medida. Así lo expresa el verso: «dirigiéndose

(68) O. V., II, 104.

(69) O. V., II, 107.

(70) O. V., II, 104.

(71) O. V., II, 104.

(72) O. V., II, 118.

a Vos solo mis empleos», cuyo mejor comentario es el soneto titulado «Exhorta a vivir en Dios».

*«El resignarse en Dios, deuda y fineza,
sin atención a intrínseco respeto:
ser su víctima pura lo perfecto,
con que no hay que anhelar a más grandeza.*

*Alma dé el pobre, el rico alma y riqueza;
todo debido al soberano objeto:
unánime al fervor con el precepto,
encumbra a celestial naturaleza.*

*Tibio sacrificar niega armonía,
con quien sólo se agrega a quien le ama,
no bien correspondido se desvía.*

*El corazón se apure en quien le inflama,
que, si a menos anhela, se refría;
sí a más de lo que es justo, se derrama» (73).*